

dolo y previéndolo había escrito la última de las ordenanzas y advertencias de Apolo á los poetas españoles, la cual dice así:

“Item, se da aviso que si algún poeta fuese favorecido de algún príncipe, ni le visite á menudo, ni le pida nada, sino *déjese llevar de la corriente de su ventura*, que el que tiene providencia de sustentar las sabandijas de la tierra y los gusarapos del agua, la tendrá de alimentar á un poeta, por sabandija que sea.”

CAPÍTULO LIV

LAS JUSTAS DE SANTA TERESA.—EL QUIJOTE DE AVELLANEDA
LO QUE OYÓ EL LICENCIADO MÁRQUEZ DE TORRES.

Conocido y colocado ya Cervantes en el número de los poetas cortesanos, de los cuales era el más viejo, no desperdició la primera ocasión de mostrarse en público con la dignidad que su mérito y sus años pedían y al propio tiempo, con brío juvenil, compitiendo en el primer certamen que se ofreciera.

Fué este una Justa poética celebrada en la Corte con motivo de haber sido beatificada por el Papa Paulo V la Venerable Religiosa Teresa de Jesús, tras repetidas instancias del Rey Felipe III y de todas las ilustraciones y dignidades de la Iglesia española, allende los cuerpos consultivos y seglares, las Universidades, el duque de Lerma y cuantos señores significaban ó valían algo.

No era la Corte Romana tan benévola y liberal entonces como ahora en esto de las beatificaciones. Hacía falta para conseguir las que los santos, á más de serlo, tuviesen buenas aldabas á que agarrarse y sólo hallándose enérgicamente recomendados por personas de suposición y viso, lograban ser puestos en los altares. Por otra parte, sabido es cómo en vida y en muerte la Mujer divina de Avila tuvo feroces enemigos que encarnizadamente se empeñaban en parar turbia y confusa la clara vida de la Santa. Aun, después de beatificada, para lograr la canonización, que vino ocho años más tarde, fué menester que el Rey de Francia Luis XIII y la Reina Cristianísima María de Médicis escribieran nuevas suplicantes cartas á Paulo V y le enviasen como embajador al marqués de Treyne, quien tampoco logró ablandar la resistencia del

Pontífice. Santa Teresa no fué canonizada hasta el 12 de Marzo de 1622, por decreto de S. S. Gregorio XV; en el mismo decreto se elevó á los altares á otros cuatro de los mayores santos de la Iglesia universal: Felipe Neri, Francisco Xavier, Isidro Labrador, Ignacio de Loyola. Tampoco todos los días se ofrecen santos de este porte.

La alegría de los carmelitas al ver beatificada á su fundadora y Madre debió de ser inmensa. Sin embargo, no parece que fueron ellos solos ni siquiera los principales organizadores del Certamen poético de Madrid. Tuvo esta fiesta carácter esencialmente cortesano: fué como una de esas funciones medio místicas medio literarias con que hoy ciertas congregaciones madrileñas entretienen la perfumada y frívola devoción de la aristocracia, logran llenar un local, iglesia ó semi-iglesia, de señoras y señoritas ataviadas con sus más gentiles trapos, exornadas con sus más ricas preseas, afeitadas con sus más finas pinturas, prevenidas con sus más excitantes incentivos, apercebidas con sus más graciosas maledicencias, y de caballeros ancianos á quienes la larga cuenta de sus pecados hace temblar y de caballeres lindos que van á la husma de una dote ó al olorcillo de una aventura, en lugar repuesto y reservado á las miradas del profano vulgo y donde todo puede parecer meritorio y acepto á los ojos de Dios. Imagináos esto y acertaréis.

El concurso era una fiesta elegante, refinada, entre personas de la más alta sociedad. Formaban el jurado tres señoritos aristócratas de la corte, á saber: D. Rodrigo de Castro, hijo del conde de Lemos, D. Melchor de Moscoso, hijo del conde de Altamira, y D. Francisco Chacón, hijo del conde de Casarrubios. Asesoraba al tribunal así formado ¿quién sino Lope de Vega Carpio, el universal, el ubicuo, el indispensable, el inevitable? Claro está que los tres señoritos citados no eran sino tres figuras decorativas, cual suelen serlo cuantos, por darse lustre, intervienen generalmente en esas fiestas. Ellos iban á colocarse detrás de una entapizada mesa, muy ricamente emperifollados, con las más joyas que pudiesen y á ser blanco de las miradas femeninas y de paso á echarla de importantes y de literatos, cosa que entonces *vestía* mucho más que ahora. Dictó Lope los temas para el Certamen y uno de

ellos rezaba "Al que con más gracia, erudición y elegante estilo, guardando el rigor lírico, hiciese una canción castellana en la medida de aquella de Garcilaso *El dulce lamentar de dos pastores*, á los divinos éxtasis que tuvo nuestra Santa Madre, que no exceda de siete estancias, se le dará un jarro de plata: al segundo ocho varas de chamelote: y al tercero, unas medias de seda".

Miguel, á quien, para preparar la publicación de sus nuevas obras, convenía mucho conseguir un premio en tan sonada fiesta, debió de visitar al hijo de su protector el conde de Lemos y á la influencia de este quizás y también á que Lope en aquellos días de arrepentimiento y blandura cordial, deseaba mostrar á Cervantes cómo había cesado su malquerencia, debió Miguel la suerte de que su canción mereciera uno de los premios, no sabemos cuál y fuese leída por el mismo Lope en la solemnísima función que se celebró el 12 de Octubre de 1614 y á la cual asistió lo más florido de la corte de España.

Para la vanidad de Miguel que alguna le quedaba, como hemos visto en sus propias frases revelado, no podía haber más glorioso triunfo que verse leído ante los más altos ingenios de la Corte y oír sus versos saliendo de los labios de Lope, que antes le habían alabado con mesura y discreción. Quería él mostrar que su numen se conservaba mozo y, cuando no lo probaba con los versos que no son sino mediocres, lo acreditaba con el arranque y el desnudo de intentarlo. Siempre los otoños le habían sido favorables y aquel lo era y mucho, sin duda alguna, pues colocaba por fin, las cosas en su lugar y dejaba á Miguel celebrado y ensalzado por quien siempre fué su enemigo y aplaudido por la corte, que tantos años le fuera indiferente ú hostil.

Por otra parte, á un viejo poeta le agrada por cima de otro honor y estimación la compañía y la consideración de los mozos, que es honra para hoy y gloria para mañana y en aquel punto Miguel se veía celebrado por jóvenes como el de Lemos, el de Altamira, el de Casarrubios, D. Fernando de Lodeña, D. Rodrigo de Tapia. Conocedor de la humanidad como nadie, comprendía Miguel que no hay error tan grande cual el de los viejos que desatienden á los jóvenes y no estiman sus aprecios, ni agradecen

sus admiraciones, ni buscan su conversación y compañía. Esta es una prueba profunda, decisiva de que un hombre no tiene confianza en su obra ni cree que traspasará los límites de sus días. Cuando se cree en el mañana, se comienza por estimar á los que más cerca del mañana se encuentran. Por eso mismo figuran bastantes poetas jóvenes en el *Viaje del Parnaso*, que debió de publicarse en aquellos días.

Contento y alborozado con esta nueva y ansiada gloria se hallaba Cervantes, cuando cierto día, al entrar en casa de su amigo Robles ó en casa de su amigo Villarroel, uno de estos dos librereros le mostró cierto libro, cuya portada decía: "SEGUNDO TOMO DEL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA, que contiene su tercera salida: y es la quinta parte de sus aventuras, Compuesto por el Licenciado Alonso Fernandez de Avellaneda, natural de la Villa de Tordesillas. Al Alcalde, Regidores y hidalgos de la noble villa del Argamesilla, patria feliz del hidalgo Cauallero Don Quixote de la Mancha. Con Licencia, En Tarragona, en casa de Felipe Roberto".

Con ojos febriles, resguardados rápidamente detrás de los anteojos, con manos que temblaban de ira y de despecho, recorrió Cervantes las primeras hojas de aquella gran superchería, la aprobación firmada por el doctor Rafael Ortoneda, la licencia del vicario general del arzobispado de Tarragona, doctor Francisco de Torme y Liori, la dedicatoria del falso Avellaneda "al Alcalde, Regidores é hidalgos de la noble villa del Argamesilla de la Mancha", el procaz, insultante, insípido y pedantesco prólogo "menos cacareado y agresor de sus lectores que el que á su *Primera parte* puso Miguel de Cervantes Saavedra, y más humilde que el que segundó en sus *Novelas*, más satíricas que ejemplares, si bien no poco ingeniosas. No le parecerán á él—añadía el supuesto Avellaneda—lo son las razones desta historia, que se prosigue con la autoridad que él la comenzó, y con la copia de fieles relaciones que á su mano llegaron: y digo mano, pues confiesa de sí que tiene sola una: y, hablando tanto de todos, hemos de decir dél que *como soldado tan viejo en años como mozo en bríos* tiene más lengua que manos; pero quéjese de mi trabajo

por la ganancia que le quito de su *Segunda Parte*; pues no podrá, por lo ménos, dejar de confesar tenemos ambos un fin que es desterrar la perniciosa lición de los vanos libros de caballerías, tan ordinaria en gente rústica y ociosa: si bien en los medios diferenciamos, *pues él tomó por tales el ofender á mí*, y particularmente á quien tan justamente celebran las naciones más extranjeras, y la nuestra debe tanto, por haber entretenido honestísima y fecundamente tantos años los teatros de España con estuendas é innumerables comedias, con el rigor del arte que pide el mundo y con la seguridad y limpieza que de un ministro del Santo Oficio se debe esperar". "Nadie se espante—añade—de que salga de diferente autor esta *Segunda Parte*, pues no es nuevo el proseguir una historia diferentes sujetos. ¿Cuántos han hablado de los amores de Angélica y de sus sucesos? Las *Arcadias*, diferentes las han escrito: la *Diana* no es toda de una mano. Y, pues, Miguel de Cervantes es ya de viejo como el castillo de San Cervantes, y por los años tan mal contentadizo, que todo y todos le enfadan y por ello está tan falto de amigos, que cuando quisiera adornar sus libros con sonetos campanudos, había de ahijarlos, como él dice, al Preste Juan de las Indias ó al Emperador de Trapisonda, por no hallar título quizás en España que no se ofendiera de que tomara su nombre en la boca, con permitir tantos vayan los suyos en los principios de los libros del autor de quien murmura, y ¡plegue á Dios aun deje ahora que se ha acogido á la Iglesia y sagrado! Conténtese con su *Galatea* y comedias en prosa: que eso son las más de sus novelas: no nos canse"...

Acostumbrado estaba Cervantes á caer desde los días felices y gloriosos en los de mayor miseria y aflicción, pero la maldad artera é hipócrita encubierta detrás de tan miserables insultos á su honrada vejez y á su honrosísima cicatriz le sacó de sus quicios, le puso fuera de sí y arrancó de su pecho toda la prudencia, conformidad y resignación que los años y las pesadumbres en él habían depositado.

Con el libro odioso en la mano, consultó á sus amigos, recorrió las casas donde aún le querían, procuró indagar, averiguar quién fuera el malvado que había querido causarle tan grave

y honda desazón. No era tarea fácil esto. El libro estaba impreso en Tarragona. El autor se ocultaba indudablemente tras la ficción de un seudónimo. En Tordesillas no conocía nadie á tal licenciado Alonso Fernández de Avellaneda. Ni cabía dudar de dos cosas: primera, que el autor era un aragonés, pues llena de expresiones aragonesas está su obra, y que era un amigo oficioso de Lope de Vega, y probablemente clérigo ó persona atropelladamente erudita en lecturas teológicas y clásicas.

Pasado el tiempo, confirmó Cervantes que el fingido Avellaneda era aragonés: pero nada más supo, según todas las trazas, ni nadie ha logrado descubrir cosa de provecho entre los muchos y grandes ingenios que á tal labor han consagrado sus vigilias. Hasta hoy, á pesar de las diversas hipótesis expuestas por hombres doctos, por atrevidos soñadores y por desaprensivos y caprichosos individuos á quienes ciega pasión guía, nada hay probado é indudable respecto de quién fuese Alonso Fernández de Avellaneda. No parece tan destituida de fundamento como las anteriores la hipótesis del maestro Menéndez y Pelayo, quien aventura el nombre de cierto Alonso Lamberto, aragonés, poeta mediano, tal vez desechado en las justas de Zaragoza. Quizá no está lejana la fecha en que otro ilustre escritor acarree nuevos datos relativos á este casi desconocido *Alisolán* ó Alonso Lamberto, de quien hoy sabemos tan poco. Posible es que con ellos se demuestre palpablemente lo que ya se deduce de las palabras copiadas del prólogo, la perfidia con que el envidioso Avellaneda ingirió en él el nombre de Lope, conociendo la escasa armonía en que éste y Cervantes habían vivido hasta entonces y deseando provocar un rompimiento entre ambos, por aquel odio que todos los escritores chirles tienen á los de gran mérito, y por el afán de verles desavenidos y prontos á sacar á relucir sus flaquezas, pues no se le oculta á la envidia, que sólo el grande puede murmurar del grande con razón suficiente para que se le haga caso y se conceda asenso á sus murmuraciones.

Leyendo el malhadado libro apenas alcanzaba Miguel á persuadirse de que tanta maldad como la que destila el prólogo cupiese en tan rastrero y pobre ingenio como el probado en la obra.

Quienes han dicho bien de ella, ó pertenecían á la triste raza de los envidiosos, de los impotentes, de los *postergados*, de los *ratés*, ó carecían de todo sentido literario. El *Quijote* de Avellaneda es una obra peor que mala, y se parece al *Quijote* verdadero como un brillante de á dos pesetas á uno que valga veinte mil. No busquéis en él nada de lo que va por dentro en el *Quijote* de Cervantes. El *Quijote* de Avellaneda es un *Quijote* falto de grandeza y de ideal. Sólo pueden engañarse respecto de él quienes sean capaces de confundir los brillantes de cristal con los verdaderos, y no sólo de confundirlos sino de presentarse en sociedad adornados con cachos de vasos rotos, como los indios salvajes con cuentas de vidrio. Todo en este libro es igualmente falso, desmañado, torpe, bajuno. Inútil é impropio de este lugar sería hacer de él análisis y pepitoria, desmenuzando las partes de su cansada é inaguantable lectura.

Si lo habéis leído como solamente puede leerse, á título de curiosidad é información, habréis reparado la incongruencia que desde las primeras páginas hay entre todas y cada una de sus figuras con las de la *Primera parte* de Cervantes. El falso Avellaneda era tan torpe y falto de cacumen, de sentido literario y de gusto que—él mismo lo dice—creía posible continuar el *Quijote* como Lope y otros continuaron la *Arcadia* y Gil Polo continuó la *Diana*. Todos los escritores de aquel tiempo habían caído ya en la cuenta de la enorme diferencia que había entre los demás libros de pasatiempo ó ficción y el *Quijote*. Ninguno había osado poner mano en esta obra, desde un principio tenida por intangible. Solamente el gordo Vicente Espinel, allá en sus adentros, meditaba algo que venía á ser una componenda, una transacción entre *Guzmán de Alfarache* y *Don Quijote*, sin desdoro del uno ni del otro, y á tales cavilaciones debemos *El escudero Marcos de Obregón*. Hacía falta que un ingenio provinciano, ya no muy enterado de los asuntos de la corte, ni de los nuevos valores y las recientes estimas que iban dándose á las cosas, se desatara con un aborto como el *Quijote* de Avellaneda, para mayor gloria de Cervantes, hablando de la *Arcadia* y de la *Diana*...

Recorred las páginas del *Quijote* de Avellaneda y recordad

cuántas es menester pasar en el de Cervantes y cuán en materia hemos entrado y cuál confianza no hemos adquirido ya con el autor para que éste se decida, en una situación que absolutamente lo requiere y en donde es naturalísimo hacerlo, á escribir la palabra fea de las cuatro letras que, por pudor representamos con una *p*... Pues bien, en el *Quijote* de Avellaneda no habéis leído aún cien líneas cuando esa palabra os salta al rostro como un bofetón, arguyendo la indelicadeza y la grosería del imitador inconsciente.

Más allá, y hacia el comedio del libro tropezáis con el cuento de los *Felices amantes*, que el autor recogió del Ejemplario ó libro de milagros de la Virgen Santísima, de Juan Hervet, el *Discípulo*, escritor del siglo xv ó de la hermosa comedia que con el título de *La buena guarda* ó de *La encomienda bien guardada* compuso Lope tres años antes de salir el *Quijote* de Avellaneda, á ruego de una señora destos reinos que había leído la narración en un libro devoto. Es una vieja leyenda, no posterior al siglo xii, contada por el monje cisterciense Cesáreo de Heisterbach en sus *Libri duodecim dialogorum de miraculis, visionibus et exemplis*, repetida por el citado Juan Hervet, recopilada entre las *Latin Stories*, que reunió Tomás Wright, puesta en verso francés en la famosa colección del gran vate mariano Gualtero de Coincy, con el título *De la nonnain que Nostre Dame delivra de grand blasme et de gran poine*, traducida al gallego por el Rey Sabio en la Cantiga XCIII de su libro inmortal, bajo el título *Esta é como Santa María serviu en logar de la monia que sse foi do moesterio*, y en fin, resucitada en los tiempos del romanticismo por el gran cuentista francés Carlos Nodier en su *Legende de Soeur Beatrix*, por nuestro Zorrilla en *Margarita la Tornera* y por el tierno P. Arolas en su *Beatriz la Portera*.

Con paz sea dicho del maestro Menéndez y Pelayo, la narración del caso de la monja liviana, es en el *Quijote* de Avellaneda un cuento estirado, prosaizado, deslavazado, falto en absoluto de ternura y de pasión, echado á perder, en suma. Cuatro larguísimos capítulos, llenos de impertinentes razonamientos, y en los que no se advierte el más leve indicio de que el autor conociera la

pasión amorosa, sino de oídas, ocupa el cuento con tan bella y nerviosa concisión relatado en once estrofas por el Rey Sabio, con tan fogosa travesura llevado á la escena por Lope, con tan noble poesía embellecido por Nodier y esculpido para siempre por Zorrilla. Vemos aquí cuatro autores de distintas épocas y de diferentísimos temperamentos que tratan un mismo asunto sin hacerle perder la sencillez y el fuego de la pasión que le dió vida. Sólo el envidioso, el *raté*, el mezquino Avellaneda acertó á diluir tan bello é interesante dato poético y á hacerle perder toda la poesía y á afearle con las más innobles bajezas, según el mismo señor Menéndez y Pelayo reconoce.

¿Qué quiere decir este ejemplo escogido entre otros muchos? Que el falso Avellaneda, fuera quien fuese, era un hombre basto y común, cuyas cualidades se reducían á las del perro de muestra que olfatea y levanta la caza, pero no tiene bríos ni maña para cobrarla nunca. Como olfateó, sin verlo, ni mucho menos, comprenderlo y aprovecharlo cuánto había de sustancial en el *Quijote* de Cervantes, y quiso echarlo á barato y hacerlo morteruelo y morondanga con sus manos gafas propias de quien si no era un frailuco, merecía serlo, venteó igualmente la hermosura de la leyenda piadosa mencionada, y no supo recoger el fruto que otros con más arte que él habían de gozar y aprovechar. Compárese esta inhabilidad de Avellaneda con el genial acierto de Cervantes al recoger en Toledo la leyenda del Cristo testigo y ponerla en prosa inmortal en *La fuerza de la sangre*, de suerte que la narración prosada compite en valentía y en intensidad estética con la poética narración de Zorrilla, quien no hizo sino añadir una circunstancia plástica, tomada de otra leyenda italiana referente á un Cristo de San Miniato: la feliz idea de que el Cristo desclave la mano atarazada, la pose en el libro y jure...

A la indignación y cólera que en Cervantes causó la lectura del falso *Quijote*, se debe la prisa con que entreveró y lardeó, aquí y allá, en el texto de su *Segunda parte* cuantas alusiones pudo contra el falso Avellaneda, aunque sin caer jamás en la bajeza del insulto ni recurrir á los ultrajes personales, ya por no ser propio esto de la noble y honrada condición de Miguel, ya tam-

bién, lo cual es no poco probable, porque no hubiese llegado á conocer con fijeza de dónde ni de quién había partido ataque tan furibundo.

Todo el invierno de 1614 y los primeros meses de 1615 los pasó metido en su casa ó en la imprenta de Juan de la Cuesta, corrigiendo aquí, retocando allá, mechando esto, peinando esto-tro. En Febrero de 1615 ya había terminado su obra. Al presentarla á la aprobación, encontró un excelente amigo en el licenciado Márquez de Torres, que había de examinarla por comisión del Dr. Gutierre de Cetina, Vicario general de esta villa de Madrid. Consolémonos, como se consoló Cervantes, de la avilantez de su detractor, y copiemos las bellas y curiosas palabras que Márquez de Torres puso en su aprobación:

“Bien diferente han sentido de los escritos de Miguel Cervantes assí nuestra nacion como las estrañas, pues como á milagro dessean ver al autor de libros que con general aplauso, assí por su decoro y decencia, como por la suavidad y blandura de sus discursos, han recebido España, Francia, Italia, Alemania y Flandes. Certifico con verdad que en veynte y cinco de febrero deste año de seyscientos y quinze, auiendo ydo el Ilustrísimo señor don Bernardo de Sandoval y Rojas, Cardenal Arzobispo de Toledo, á pagar la visita que á su Ilustrísima hizo el Embaxador de Francia, que vino á tratar cosas tocantes á los casamientos de sus Príncipes y los de España, muchos cavalleros Franceses de los que vinierò acompañando al Embaxador, tan cortesés como entendidos y amigos de buenas letras, se llegaron á mí y á otros Capellanes del Cardenal mi señor, desseosos de saber qué libros de ingenio andavan más validos, y tocando acaso en este, que yo estaua censurando, apenas oyeron el nombre de Miguel de Cervantes, quando se començaron á hazer lenguas, encareciendo la estimacion en que, así en Francia como en los Reynos sus confiantes, se tenían sus obras, la Galatea, que algunos dellos tienen casi de memoria, la primera parte desta y las Novelas. Fueron tantos sus encarecimientos (*sic*), que me ofrecí lleuarles que viessen el autor dellas, que estimaron con mil demostraciones de vivos desseos. Preguntáronme muy pormenor su edad, su profession,

calidad y cantidad. Halléme obligado á dezir que era viejo, soldado, Hidalgo y pobre, á que vno respondió estas formales palabras: Pues á tal hombre no le tiene España muy rico y sustentado del Erario público. Acudió otro de aquellos Caualleros cõ este pensamiento y cõ mucha agudeza, y dixo: Si necessidad le ha de obligar á escriuir, plega á Dios que nunca tenga abundancia, para que con sus obras, siendo él pobre, haga rico á todo el mundo.»

Bálsamo eran estas palabras para curar á Cervantes la llaga que el falso Avellaneda le hizo.

La gloria universal, con sus alas invisibles, tocaba la frente del viejo soldado, hidalgo y pobre.